

Nueva Directiva

Santiago, junio de 1984

Señores
Presidente Nacional del Partido ; Miembros
de la Mesa Directiva y de la Comisión Política
P r e s e n t e

Estimados camaradas y amigos:

El Partido se encuentra justificadamente preocupado de la próxima renovación de su Mesa Directiva.

Distintos camaradas han acudido a solicitarme encabece una lista en esa elección. Otros, en cambio, con similar preocupación y afecto, me han señalado que en la actual situación del país sería conveniente buscar un consenso para integrar la Mesa Directiva.

Hay quienes creen que es necesaria una nueva Mesa, que perfile con mayor eficacia un proyecto definido, coherente y con permanencia frente al designio de la dictadura; que rompa una suerte de inmovilidad en la conducción a la que progresivamente se habría ido llegando; que otorgue una mayor identidad pública a la Democracia Cristiana e impulse un manejo más moderno y creativo de la Alianza Democrática y en nuestras relaciones con los demás actores políticos y sociales; que logre una mayor integración de personas y equipos en trabajos efectivos.

Quienes ponen el acento en la búsqueda de un acuerdo consensual para la Mesa Directiva argumentan que nuestras diferencias políticas al interior del Partido son relativamente menores al tiempo que la crisis de las instituciones a nivel del Estado es tan grave, que debiéramos con nuestra unidad dar un ejemplo de madurez, serenidad y habilidad para lograr acuerdos y mostrar desprendimiento en la lucha política.

Estoy cierto que esta hora exige un gran desinterés. Traicionaríamos la esencia de nuestro Partido si no supiéramos ordenar jerárquicamente los valores que nos mueven en política: primero, el país; luego, el Partido que, en definitiva no es sino el instrumento que elegimos para servir al país. Los intereses personales no cuentan.

Desde esa perspectiva quiero señalar con extrema claridad mi posición.

Primero : Démosle una oportunidad a la búsqueda de un consenso. Una oportunidad auténtica y sincera. Pero busquémoslo en la claridad, la verdad, la amplitud y la eficacia. Lo que no podemos hacer es, en esta hora crítica de Chile, cuando hay tantos y tan graves problemas, cometer la irresponsabilidad de que, por evitarnos las tensiones inherentes a una elección democrática, se concluya en una solución mediocre y ambigua.

Por mi parte, declaro no tener objeción a nombre alguno que pueda ser acordado para que encabece un consenso definido en esos términos. Jamás he usado tacha personal dentro del Partido ni he tolerado que otros la hagan. También, quiero decir que de esos posibles nombres, no tengo inconveniente, si fuera necesario, de excluir desde ya el mío, inspirado en la sincera convicción, aprendida de Frei, Leighton, Tomic, Orrego y tantos otros de nuestros camaradas, de que si hemos elegido el compromiso humanista cristiano es para servir y no para ser servidos.

Si se logra ese consenso -claro, verdadero, con garantías de eficacia- cualesquiera sea la tarea que en él se me asigne, recorreré el país para promover hasta en las más humildes bases el respaldo de los militantes a ese acuerdo. Y, desde luego, comprometeré toda mi colaboración y capacidad para contribuir a su éxito.

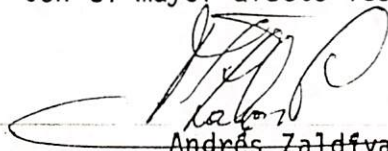
La disposición para intentar un consenso supone, necesariamente, que todos los dirigentes involucrados se comprometan lealmente en su búsqueda y, mientras ésta se desarrolle, se abstengan de plantear candidaturas al interior del Partido y realizar campañas. Otra actitud entraría y limitaría gravemente las posibilidades de lograr un acuerdo.

Segundo : Si comprometidos en la búsqueda del consenso éste no se logra debido a que hay muy legítimas pero dispares apreciaciones sobre la situación, su gravedad, la forma y los equipos para encararla, entonces el Partido debe, con serenidad, optimismo y lealtad, definir su conducción a través de los mecanismos eleccionarios que establece el estatuto.

En ese caso, el país agradecerá que, con responsabilidad, hayamos preferido dirimir a través de nuestra democracia interna, diferencias legítimas, rehusando un consenso cuya dudosa eficacia política muy luego terminaría pagando el pueblo.

Nuestro Partido nos ha educado para la democracia, el desprendimiento y la fraternidad. Por eso, no tengo dudas de que entre estas dos soluciones igualmente legítimas -la búsqueda del consenso, primero, o una elección si el anterior no logra requisitos de eficacia y verdad, enseguida- encontraremos una generosa solución. Tal solución no sólo debe ser la mejor para nuestra vida interna como Partido sino, antes que nada y por sobre todo, la mejor para el País, para la oposición y su lucha por cambiar el régimen injusto que hoy destruye nuestra Nación.

Con el mayor afecto les saluda fraternalmente su
camarada y amigo,



Andrés Zaldívar Larraín.